

ACERCAMIENTO A LA COLMENA SOLAR: el tigre de Eduardo Lizalde

Jaime Ricardo Huesca

La literatura es el medio donde surgen las reflexiones del hombre y su convivencia con el entorno natural. Un ejemplo notorio es la devoción, a veces insistente, por los felinos salvajes: tigres, leones, panteras, entre otros; viven en párrafos, versos y a la vez forman páginas y libros; igualmente son figuras de respeto al grado de relacionarse, en muchas civilizaciones, con asuntos cosmogónicos y religiosos. Grandes autores han obtenido inspiración de dichos animales, en específico, del tigre; uno de tantos es Jorge Luis Borges. Nuria Amat lo refiere:

El tigre fue siempre una obsesión para Borges. La luz que guiará su vocación de escritor. Viene a significar el símbolo más hermoso de su biografía literaria debido a que el tigre encarnará la literatura que ama y, en consecuencia, la literatura que fundará a partir del impacto de ese encuentro de la infancia (2007).

Es en el poema “Dreamtigers”, en *El hacedor*, donde el poeta dice:

En la infancia yo ejercí con fervor la adoración del tigre:

[...] rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra [...] Yo solía demorarme sin fin ante una de las jaulas en el Zoológico; yo apreciaba las vastas enciclopedias y los libros de historia natural, por el esplendor de sus tigres. (Todavía me acuerdo de esas figuras: yo que no puedo recordar sin error la frente o la sonrisa de una mujer.) Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños (Borges, 10).

Eduardo Lizalde representa un caso semejante. En 1970 publica su más memorable obra: *El tigre en la casa*, poemario donde toma como elemento principal al tigre, su obsesión metafórica, y lo define como “la imagen universal de la desgracia amorosa”, tema primordial. Con cada verso, el poeta manipula dicha imagen y le adjudica una carga simbólica distinta en su desarrollo, de modo que el libro es amplio y diverso en su contenido. Respecto a ello, señala:

Poco a poco, mientras se fueron dando las secciones del libro, me di cuenta que todo

debería ser construido alrededor del tigre, y que debía trabajar para que el tigre tuviera una presencia, por un lado abrumadora y por otro invisible. Que fuera todo y que fuera nada [...] Y me lo formulé de esta manera: el tigre debe ser la imagen universal de la desgracia amorosa, pero para todos, incluso para aquello que no soy: para el homosexual, para el misógino, para el eunuco, para el antropoide casi frustrado, y para lo que soy, el hombre que goza y padece amores, que se tortura por una pasión desdichada o varias.¹

En “Retrato hablado de la fiera”, primera parte de *El tigre en la casa*, impera la mención de este animal. El poema, conformado por 12 fragmentos, utiliza al felino en nueve de ellos, omitiendo “1. Epitafio”, “4” y “5”.

“2. El tigre”

Principia con estas líneas: “Hay un tigre en la casa / que desgarrar por dentro al que lo mira”. En el presente, el sujeto poético habla sobre la presencia de un tigre y da signos de él como una bestia poco común y de enormes proporciones, “más largo y más pesado / que otros gatos gordos / y carniceros pestíferos / de su especie”, un felino que huele la sangre a través del vidrio y que percibe el miedo, creciente de noche y, de algún modo, no cabe dentro de la misma estructura en donde habita. De este modo, se expone el tema principal, la extraña presencia del tigre en la “casa”, si por dicho espacio se interpreta, según la simbología, a este recinto como el interior del ser, del yo poético; el tigre dentro de la casa es una faceta del sujeto. En un momento determinado él es el tigre, “y sólo puede herir por dentro”, el



TM2

lado cruel y destructor del hombre, la reactividad instintiva.

“3”

El epígrafe de Rubén Bonifaz Nuño da cuenta del enfoque temático: “Lo he leído, pienso, lo imagino; / existió el amor en otro tiempo”. / Será sin valor mi testimonio”. A grandes rasgos, el texto muestra la nostalgia de un amor pretérito, tema del poema: un testimonio sin valor. Se percibe la presencia de dos tigres, cada uno con distinta carga simbólica: 1) el amor, como “una blanda fu-

ria”, “mismamente recuerdo / que el amor era una fiera lentísima: / mordía con sus colmillos de azúcar / y endulzaba el muñón al desprender el brazo”; como también toma presencia el lado erótico del amor, como “una jauría de flores carnívoras, ramo de tigres”. 2) La voz lírica personificada como tigre, animal que recuerda el evento idílico y que, además de hablar de su antigua cosmovisión del amor, trae a la memoria la figura de poder y deseo que representaba, tal como una divinidad que llena de vida lo que le rodea e incluso lo carente de ella: “los muebles de

madera / florecían al roce de mi mano, / me seguían como falderos / grandes y magros ríos”.

Sin olvidar la naturaleza del recuerdo, Lizalde remata con una visión sin amparo y decadente: “Recuerdo muy bien todo eso, amada, / ahora que las abejas / se derrumban a mi alrededor / con el buche cargado de excremento”. Es así como el olvido lleva a la descomposición al ser que ama o en algún tiempo amó. Un elemento muy importante del tigre en estos fragmentos es su relación con la soledad, referencia directa a Ramón López Velarde en “Obra maestra”:

El tigre medirá un metro. Su jaula tendrá algo más de un metro cuadrado. La fiera no se da punto de reposo. Judío errante sobre sí mismo, describe el signo del infinito con tan maquinales fatalidades, que su cola, a fuerza de golpear contra los barrotes, sangra de un solo sitio.

El soltero es el tigre que escribe ojos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza.

Al igual que en Velarde, el tigre de Lizalde es un ente de naturaleza solitaria, confinado al encierro y la soltería. Velarde es su propio tigre; Lizalde, también.

“6” y “7. Samurái”

Es en el poema “6”, el más breve de todos, donde el autor reinstaura la presencia del felino hasta el final del “capítulo”, una suerte de entremés: “Algo sangra, el tigre está cerca” (un elemento connotativo del felino rayado). En “Samurái” retornan la figura de la voz poética y del animal a su encuentro en la casa. Tanto en “La fiera duerme” como en “El tigre”, el sujeto evita la interacción con la bestia: “eludo el charco de su baba negra. / En mi sigilo, soy invisible casi; / me he descalzado incluso / de las plantas del pie”. En versos siguientes, el tigre da muestra de su calidad deílica: “Pero el tigre adivina. / Como en la selva sola de esteriores constantes, / de ruidos automáticos, / los ojos de sus víctimas / miran por él cuando se duerme: / ha descubierto mi presencia”. Hay cierta carga de omnipotencia, aunque sin hacer de lado esta cuestión, encuentro una relación contradictoria entre los versos anteriormente citados y las dos primeras líneas que abren el poema: “Sin que el tigre me advierta / lo gro entrar en la casa”. Entonces, si

el tigre mira por los ojos de su víctima cuando él duerme y éste no logra advertir la entrada del sujeto, quiere decir que la fiera no toma al hombre como su presa.² Así, el mismo título del poema remite a las acciones y cualidades que pueden representar a un guerrero samurái por ambas partes: el sigilo del hombre y la percepción, fuerza y precisión del tigre.

“8”

El tigre posee, de manera abrupta, un significado distinto: “Oigo al tigre rascar. / Sonríe malignamente / y se agrietan los muros”. Se aprecia como un animal demoníaco y poseso, un objeto del mal: “es bestia fiel este rayado azote, / *O mon cher Belzebuth, je t'adore*”. El tigre de este escrito se emparenta más con el de William Blake o con el famoso Shere Khan de Kipling por su semblante oscuro. También expone algunos tintes de claustrofobia y refleja la sensación de no poder salir de la casa, el encierro: “Reloj de furia el tigre / se desgarró a sí mismo / cuando está solo demasiado tiempo”, y con ello necesita estar acompañado. Si se observa este fenómeno desde la perspectiva del primer poema, el tigre como una faceta del hombre y visto desde la perspectiva del “yo” refleja el miedo a uno mismo. Por último, vista la relación entre el tigre y la sangre, lo diabólico también recae sobre este símbolo: “y la materia de su vista / no es la luz / sino la sangre”, cuestión que da parte al ritual y que pone al terrible tigre como un devorador de almas.

“9”

El tigre, incluso dormido, busca la sangre y el asesinato y del mismo sueño brota el líquido sanguíneo al plano “real”, una hiperbolización: “Duerme el tigre / la sangre de este sueño, / gotea. / Moja la

piel del tigre real”. Algo ocurre: el felino despierta de su entrañable fantasía y se encara con el yo poético, cosa contradictoria; la fiera lo ignora para continuar con su cacería onírica. En este proceso poético, tigre y humano pueden llegar a la convivencia, el hombre encara su destrucción: él mismo.

“10”

Situado en esta parte de “Retrato hablado de la fiera”, se asimila de nuevo y de manera más directa la visión del felino cautivo; acto seguido, el poeta juega con el sentido semántico del tigre con el mar, hay una intercalación: pone la imagen de ambos elementos en un plano paralelo en donde las propiedades pertenecientes a uno pueden recaer en el otro. En la siguiente estrofa se menciona: “Más tarde / cuando el sueño de ella / es como el pozo más profundo, / cuando sueña y me olvida, / abro la puerta / y miro cómo / la desgarró el mar”. Es así como el acto contemplativo del ser amado, “cuando sueña y me olvida” en un impulso amoroso, tal vez paranoico, el tigre, el yo, escapa y desgarró a su presa, es libre.

“11. Pobre Desdémona”

Sin duda el tigre funge como una clara representación de *Otelo*, de William Shakespeare. El escrito presenta dos planos, el onírico y el real, de los cuales el primero alude a la vida y el segundo a la muerte. El autor expone elementos que dan una idea de lo anterior: “Son esos sueños tuyos, amada / [...] que hacen florecer las prímulas / y azahares en tus flancos. / Y caen del lecho moras / de grueso jugo, cuando sueñas”. En la segunda estrofa, la amada regresa a su realidad mortuoria: “Despiertas, luego me miras: / descubres en mis ojos la muerte”, los ojos del tigre, y la

situación en adelante se corrompe al punto de recrear la tragedia shakespeariana: “las flores se diluyen plenamente; / vuelven a ser remate de las telas. / [...] Las moras son tranquilas manchas de sangre remolida que el tigre deja ahora al balancear su hocico”. Este es otro poema en el que el tigre tiene cualidades violentas y destructivas. El autor inserta un muy atinado remate al escrito: “Y ya no existe el sueño”.

Así como se observa la relación entre el tigre y la sangre, también entra en este campo una reflexión muy atinada de Mario Bojórquez: “la mutilación y el desgarramiento son una de las figuras plásticas más impresionantes [en la obra de Lizalde]”.³ Sin importar el cambio semántico del tigre en cada escrito, el autor no hace de lado las acciones naturales de la fiera, un intento por conservar cada gesto del animal y, con ello, brindar mayor riqueza al constructo de éste. Esta labor la expresó Borges en textos como “El otro tigre”: “Al tigre de los símbolos he opuesto / El verdadero, el de caliente sangre / El que diezma a la tribu de los búfalos [...]”. También en “El oro de los tigres”: “Hasta la hora del ocaso amarillo / cuántas veces habré mirado / al poderoso tigre de Bengala / ir y venir por el predestinado camino / detrás de los barrotes de hierro, / sin sospechar que eran su cárcel”. Por otro lado, la estética anti-pitagórica del felino es, ante todo, desproporcional e inarmónica, es la naturaleza del sanguinario. Terminará Bojórquez esta cuestión: “destruye porque la piedad no es un atributo de belleza”. Encuentro este fenómeno en “El tigre”, “3”, “8”, “10” y “Pobre Desdémona”.

“12. El cepo”

El cepo es el último fragmento, en el cual se aprecia al tigre como un ente libre; si en el poema “3” era un productor de vida, aquí lo es de la muerte y no como en los demás textos, pues el autor le otorga el “poder” de convertir la vida en oro: “Y a su paso, Midas, las hojas, los ojos, / flores desprevenidas, crótalos dormidos, / ramas a punto de nacer, / libélulas doradas de por sí, / gemidos de cachorros, / se doran, se platinan”. Ante esta situación hay una trampa que busca capturar al fugitivo gato, la figura de la amada que busca regresarlo a su encierro: “Y el tigre pasa, frente a la trampa absorta, / amada, / y la trampa lo mira, dorándose, pasar”; el tigre, imponente, tigre de oro, “huele acaso / la insolente carnada convertida en rubí, / lame sus brillos secos de aparente jugo”. Pisa la trampa sin importar la consecuencia y escapa de su jaula, “y la trampa se queda / como la boca del oro / del niño frente al mar”.

Eduardo Lizalde elabora un libro desgarrador donde el tigre representa el romanticismo más puro. Utiliza un discurso tradicional y lo reconstruye de una manera sublime y novedosa; además, la identificación del lector con el texto resulta inevitable, cuestión a resaltar, pues el autor toma esto como objetivo. “Retrato hablado de la fiera” es, por mucho, el rostro de un tigre solitario y en conflicto consigo mismo, olvidado; son sus rayas y fuego ardiente, su terrible simetría, el rostro de un poeta y, a la par, del hombre; Lizalde menciona: “La humanidad es soltera y huérfana, por lo que el ser humano tiene algo de tigre”. Este breve análisis recaba una de las diversas lecturas

que propone *El tigre en la casa*; invito al estudio de la obra y al descubrimiento de una de las figuras más bellas del zoológico literario. **LPyH**

NOTAS

¹Marco Antonio Campos, “Las andanzas del tigre”, *Ómnibus* 06, n° 31 (abril 2010): <http://www.omnibus.com/n31/andanzas.html>.

²Encuentro otra referencia: “La escritura del dios”, de Jorge Luis Borges.

BIBLIOGRAFÍA

- Amat, Nuria. “El tigre está en los libros. Visiones sobre la llamada literaria”. *Prodavinci*, 22 de octubre de 2013. Acceso el 25 de agosto de 2017. <http://prodavinci.com/2013/10/22/artes/el-tigre-esta-en-los-libros-visiones-sobre-la-llamada-literaria-por-nuria-amat/>.
- Bojórquez, Mario. “Eduardo Lizalde y la poesía del resentimiento”, prólogo a *El tigre en la casa*, de Eduardo Lizalde. México: Valparaíso Ediciones, 2014.
- Borges, Jorge Luis. *Poesía completa*. México: Debolsillo, 2014.
- Campos, Marco Antonio. *La poesía de Eduardo Lizalde. Entrevista y ensayos (1981-2004)*. México: Conaculta, 2012.
- Lizalde, Eduardo. ¡Tigre, tigre! México: FCE, 1985.
- López Velarde, Ramón. *La suave patria y otros textos*. México: Universidad Veracruzana, 2007.
- Tresidder, Jack. *Diccionario de los símbolos*. México: Grupo Editorial Tomo, 2008.

• **Jaime Ricardo Huesca** (Xalapa, Ver.) es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV.